

El escritor y la literatura infantil

por José María Merino*

Desde su experiencia como lector y escritor, José María Merino defiende, en el siguiente artículo, el papel fundamental de la literatura infantil como vía de acceso a la lectura de literatura sin adjetivos. Y rompe una lanza en favor de ciertas lecturas infantiles cargadas de buenos sentimientos que para él, y para



muchos otros, fueron importantes en su experiencia como lector y escritor. En resumen, reivindica la literatura como fuente de placer, y hace hincapié en el papel fundamental que desempeñan la escuela y el profesorado en la formación inicial de lo que el autor llama lectores literarios.

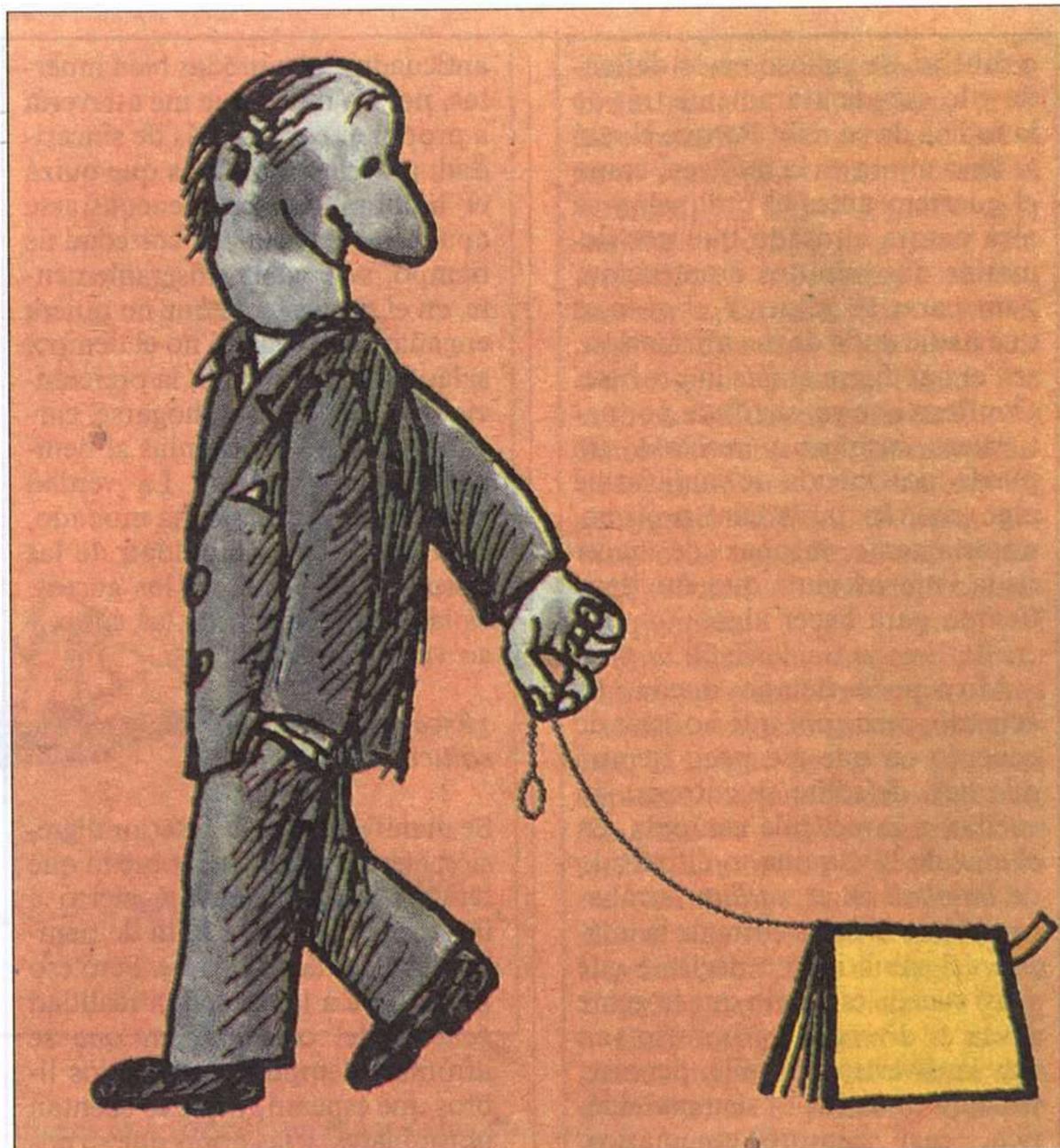
CESC
DÍA DEL LIBRO 1971.

Los adultos creemos saber cuáles deben ser los contenidos de la literatura más adecuada a los lectores jóvenes, y cuando escribimos para ellos damos énfasis a determinados valores que nos parecen propios del género, con la voluntad de suscitar una visión solidaria de las relaciones entre los seres humanos y cierto optimismo jovial, cargado generalmente de buenos sentimientos.

He formado parte recientemente del jurado de un concurso organizado por la editorial Alfaguara para jóvenes autores de la Enseñanza Secundaria —cuyo límite de edad debía coincidir con el Curso de Orientación Universitaria— y en los relatos que se seleccionaron para ser publicados por su superior calidad no resaltaban precisamente esos valores, o si lo hacían, era en el contexto de un notable pesimismo social y de una visión sombría —o ridícula— de la familia, con perplejidad individual, violencia, sentimientos de pérdida y melancolía... y sólo por azar algún *final feliz*. Pero lo más curioso es que ninguno de los jóvenes autores y autoras de relatos escribió un texto que pudiésemos clasificar claramente como *infantil* o *juvenil* con arreglo a nuestras categorías y sobrentendidos.

Para hablar de literatura infantil o juvenil hay que ser, pues, conscientes ante todo de que su definición y práctica es cosa de adultos, que somos nosotros quienes determinamos directamente cuáles deben ser sus temas y puntos de interés, y que el público infantil o juvenil, por su propia condición, no tiene capacidad de oposición ni de crítica frente a nuestros designios.

Sin duda esto es una responsabilidad grave para quien trabaja en el campo de tal tipo de literatura, en cualquiera de sus aspectos, no sólo en el de la creación o la edición, sino también en la tutoría docente o bibliotecaria, y debemos tener una visión autocrítica de nuestro trabajo, para intentar ajustar seriamente el produc-



CESC, DÍA DEL LIBRO 1975.

to del mismo a esos lectores inexpertos, aceptando que el fundamental papel de la llamada literatura infantil debe ser el de servir de iniciación para el acceso a la lectura de literatura sin adjetivos.

Primeras lecturas

Pero no pretendo teorizar, pues mi relación con la literatura infantil no procede de ninguna aproximación especulativa o teórica, sino de la pura práctica, como lector primero y luego como autor de libros. Y como lector debo decir ante todo que ciertas lecturas infantiles —alguna de ellas

cargada de *buenos sentimientos*— fueron para mí, efectivamente, la vía de acceso a la literatura sin adjetivos.

A través de las primeras lecturas de ficciones literarias, bastante antes de la pubertad, descubrí que las novelas daban entrada a un mundo paralelo al de la realidad cotidiana, con cuyos personajes me era posible identificarme para correr aventuras entre sorpresas que iban suscitando elementos de carácter dramático o de carácter maravilloso. Pero eran tales sorpresas y la maestría con que estaban urdidas, y no los posibles ejemplos de buenas conductas, los que prendían de verdad mi interés lector.

Seguramente las novelas y los cuen-

o mucho, de valioso no lo defiendan y lo escude avaramente tras de la rodela de su reló! Porque el reló se lleva ahora en la muñeca, como el guerrero antes el broquel, y se alza contra el osado que nos demande dos minutos de atención, para parar el golpe. Y el caso es que nadie duda de esa afirmación, sea el que fuese el que la profiere. Confieso que yo, sin duda por naturaleza suspicaz y receloso, no puedo por menos de maliciarme algo cuando tal o cual prójimo, notoriamente incapaz de hacer nada, me asegura que no tiene tiempo para hacer algo.

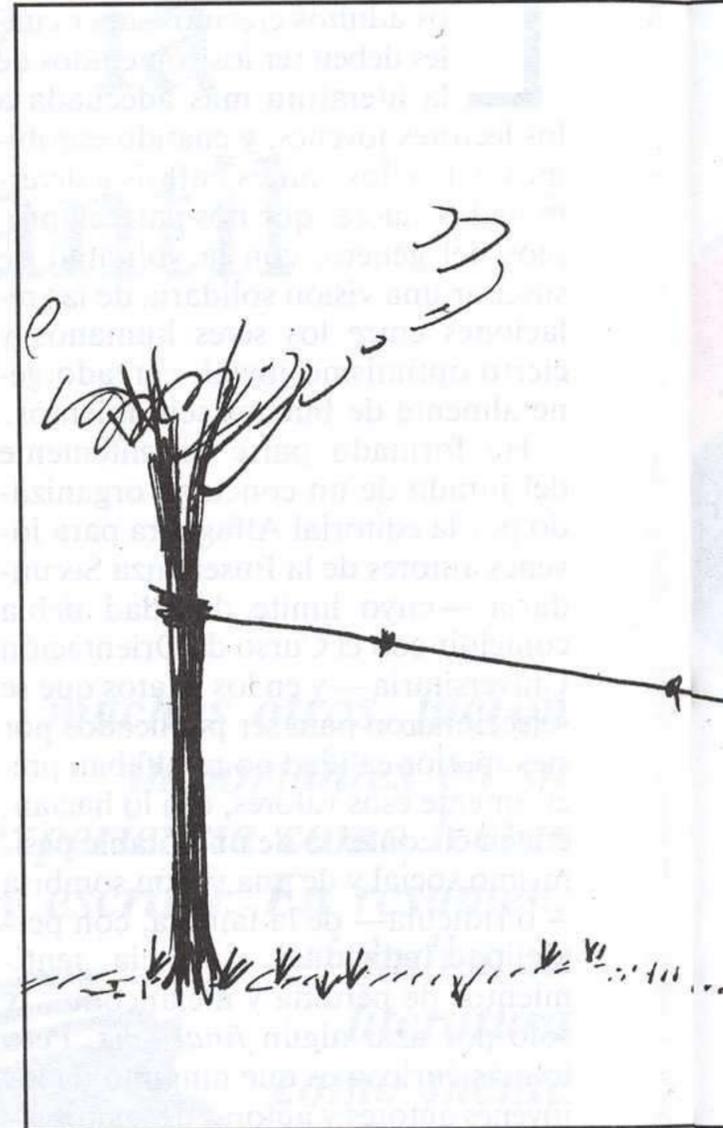
.....
Muy poco tiempo queda, de acuerdo, pero ¿por qué no estar de acuerdo en que ese poco tiempo que hay, de solito se entrega, sin vacilar, a la película estúpida, en el cine de la esquina, o al partido de *baseball* en el *stadium* arrabalerero? Ya se me alza enfrente la imagen del sabihondo a decirme que si así sucede es que lo que la gente desea es divertirse, y por eso van tras la diversión —baile, deporte, película divertida— siempre cinética, casi siempre cinematográfica. ¿Pero no monta eso a decir que el libro, la lectura no divierten? ¿O que divierten en grado menor? ¿Que las damiselas que hace cien años se recreaban en seguirle los pasos a Clarisa Harlowe, a Constanza, la fregona insigne; a Gil Blas de Santillana, a Werther, han trocado sus favores y ahora les siguen las carreras a los agonistas de la pelota y, aún más, se desgañitan para que se desalen? ¿Que el caballero, el mismo que solía leer un siglo hace a Montesquieu, a Macaulay, en sus horas asuetas, ahora circula por pastos de primoroso verde, esforzándose por colocar una bolita en un agujero? Y no es que yo proponga ni favorezca, ¡Dios me libre!, el retorno a usos

anticuados, ni a modas bien muertas, no. Lo único que me atrevería a proponer es algo más de sinceridad: a decir a las claras que quizá el hombre que cree encontrarse apurado para leer, por cortedad de tiempo, se engaña miserablemente, en el supuesto de que no quiera engañarnos; le faltan no el tiempo, sí las ganas. El querer, la preferencia. No hay que desahogarse, cargándole todas las cuentas al tiempo, el gran pagano. La verdad podría ser que lo que ha mudado, más que la disponibilidad de las horas, es el rumbo de los gustos, es la consideración de las cosas y su valor respectivo.

¿Escapatorias, arbitrios, soluciones?

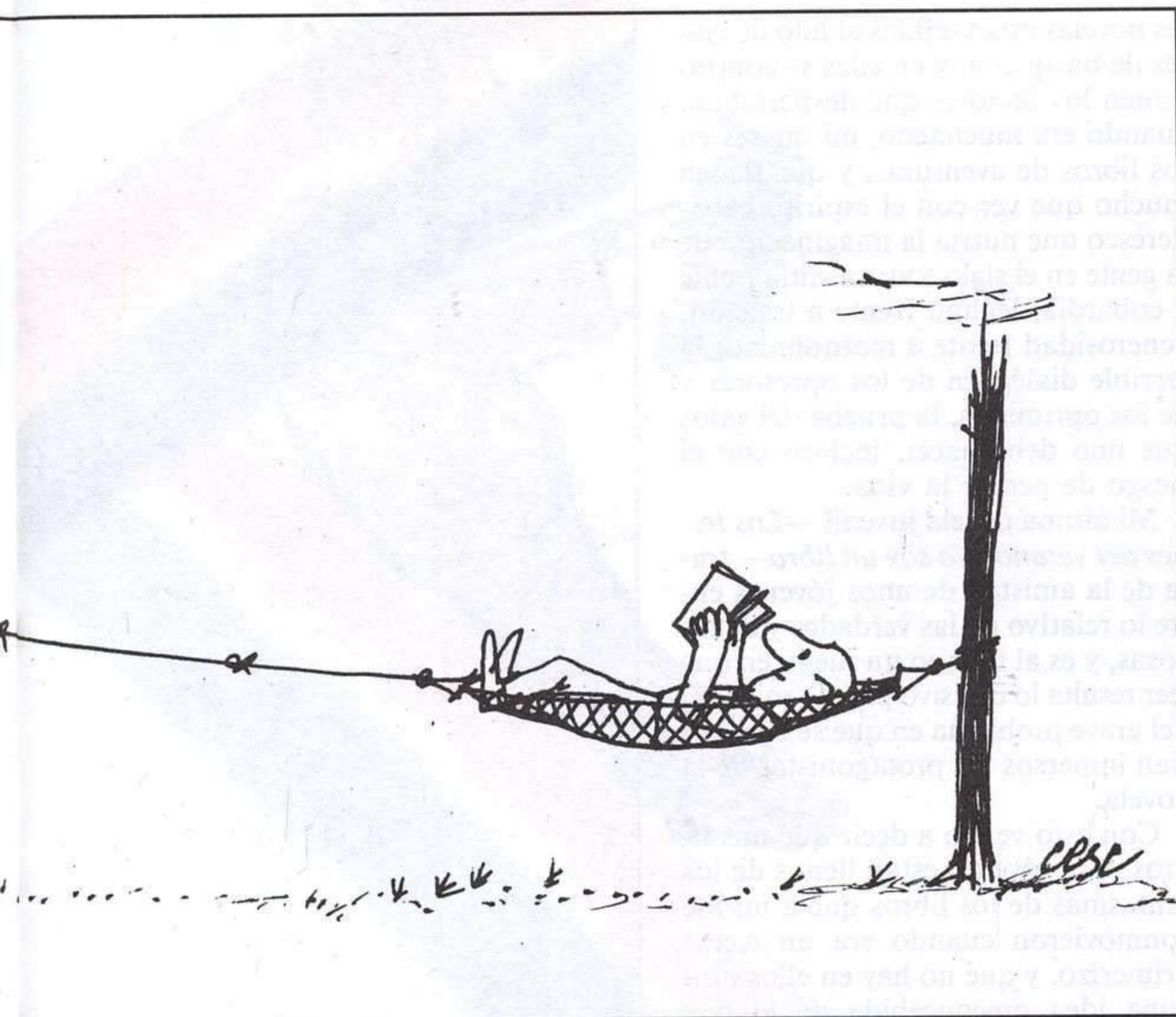
Se manifiestan en la anterior digresión ciertas sospechas sobre lo que tenga de rigurosamente cierto e inescapable lo de la falta de tiempo del ciudadano de hoy. Pero eso no empece a la tremenda realidad general del conflicto en que se afrontan tiempo y lectura, los libros que esperan, y que se cuentan por millares, y las horas que se nos conceden, que no pasan, ni en este siglo de la técnica, de veinticuatro al día.

¿Por dónde está la salida? Las gentes la buscan afanosamente; se echa mano de trazas y expedientes de todo orden con objeto de buscarle las vueltas al tiempo y ver de conciliar esos dos pavorosos imposibles. Pero los modos y las vías de la busca mueven en su gran parte a mayor confusión y extravío. Se representa en ese escenario un enorme juego de la gallina ciega, y los jugadores, vendados los ojos, se enredan más y más en el gran embrollo, y multiplican ellos mismos las vueltas y celadas del laberinto. En ese enmarañarse hay visos y destellos cómicos, pero por



tos literarios que imprimieron su sello con mayor fuerza en mi primera sensibilidad tenían gran carga simbólica: hablaban del lugar apartado que resultaba un paraíso perdido, del viaje hacia el tesoro, de la autosuficiencia del naufrago en la isla, del gran río junto a la pequeña aldea que propiciaba la evasión de lo cotidiano, de los paisajes como personajes dramáticos, del terror sobrenatural como catarsis de los miedos domésticos... Esa primera carga simbólica se la debo a Spyri, Borita Casas, Mallorquí, Stevenson, Defoe-Wiss-Ballantyne-Verne, Mark Twain, Scott, Bécquer y Poe, por lo menos.

En aquellas lecturas que me abrieron las puertas de la ficción literaria fui descubriendo que las novelas resultaban ser varias cosas: ante todo, uno de los mejores refugios para la



1980.

imaginación; además, una especie de mandala, o centro, ideal para ensimismarse; a la vez, un espejo riquísimo de comportamientos y maneras de pensar, y el escenario en que cabían los más cambiantes y asombrosos decorados.

Descubrí también que en las novelas había muchas otras cosas que no estaban en los programas académicos, aunque de ello no fuese consciente hasta muchos años después de haber abandonado las aulas: una intuición certera del tiempo, tanto en la sucesión de las distintas eras históricas como en su propia sustancia —con esa diferencia entre el tiempo que se vive, el que se recuerda y el que se sueña, que tan claro resulta en los buenos relatos—, una geografía mucho más viva e inteligible que la de los libros de texto y una idea precisa de lo

que es una voz que cuenta y de las diferentes maneras de contar. Aprendí mucho también sobre mundo real y mundo imaginario —es decir, sobre la creación artística— y adquirí un benéfico relativismo para ver la variedad y contradicción de las cosas de la realidad.

La aventura de escribir

Iba a decir que escribí por azar mi primer libro para jóvenes —considerando como tal *El oro de los sueños*—, pero no sería cierto, pues uno de mis primeros libros —que conservo inédito— fue una novela para niños que me rechazó uno de los editores importantes de los años 60 con el argumento de que era «demasiado imaginativo»: «Puede que algunos ni-

dentro le anda la tragedia del hombre extraviado, del monstruo de su laberinto. El libro y todo lo que el libro significa se alzan, frente al hombre, en figura gigantesca y amedrentadora, a lo goyesco, entre cíclope y espantajo, y amenazan con aplastarlo bajo su masa. Reprodúcese aquí el tema esencial del drama contemporáneo: las criaturas salidas de la invención del hombre se sublevan contra su creador, y el universo se colma otra vez de ángeles rebeldes, de máquinas insurrectas que marchan en formación cerrada sobre el aterrizado maquinista.

Para lidiar con este crecimiento monstruoso del libro se proponen variados atajos, evasivas y soluciones. El mismo hecho de que sean tantos, y tan lamentables algunos, los arbitrios propuestos, bien dice que el hombre de hoy está como acorralado por las huestes de los libros, y se defiende, a tuerzas o a derechas, con palos de ciego, o con destellos de inteligencia.

Examinemos algunos de los recursos ingeniosos para lidiar con el problema. El primero, lo llamo el de la razón bruta.

La vía de la razón bruta

Precisamente cuando empezaba a percibirse en el orbe de las ideas una reacción contra el racionalismo del siglo XIX, un príncipe británico del ingenio, al que todavía hay empeño en mirar como mucho más frívolo de lo que era, escribió: «La fuerza bruta, la resisto, pero lo que no puedo aguantar es la razón bruta». La agudeza de Wilde daba una vez más en el clavo, porque nuestro siglo está lleno de predicadores y propagandistas de la razón bruta. De ella viene uno de los intentos de remedio, que por desdicha va creciendo en favor. Su santo modelo podría ser Procusto,

ños vayan a ser poetas, pero otros serán ingenieros, abogados o médicos», me dijo afablemente aquel editor, un hombre de prosapia liberal. Eran los tiempos en que los cuentos de hadas se consideraban dañinos —enseguida llegaría Bruno Bettelheim para poner las cosas en su sitio— y a mí no se me ocurrió contestar a mi rechazante que la imaginación no tenía por qué resultar pernicioso para nadie, ni siquiera para los ingenieros, los abogados o los médicos.

Con los años, he escrito algunas novelas para jóvenes, y por lo menos un libro de cuentos que a ellos no les desagrada, pero tanto en éstos como en mis libros *canónicos* la referencia subyacente de mi primera experiencia lectora sigue siendo fundamental: así, doy especial importancia a la historia que voy relatando y a la voz que la narra, y utilizo, entre otros elementos dramáticos, los propios escenarios físicos, moviendo casi siempre mis ficciones entre el mundo real y un cierto trasmundo onírico o fantástico.

En el libro de cuentos a que me he referido —*Cuentos del reino secreto*—, utilicé como aspecto unitario del conjunto los paisajes de mi recuerdo infantil y juvenil, la ciudad en que me crié, las aldeas que conocía por razones familiares o en las aventuras de un modesto excursionismo. En cuanto a las tramas, todas ellas son de corte fantástico y algunas rozan el horror, en memoria de aquellos cuentos de miedo con los que nutría de niño mi sincera atracción por las historias espeluznantes.

La novela a que he aludido —*El oro de los sueños*— fue la primera de una trilogía que luego se titularía *Las crónicas mestizas* y en la que recordé algunos de los jóvenes héroes de mis lecturas juveniles —aunque al mío lo hice mestizo— en un momento crucial de la historia —la conquista de América por los españoles— y en los espacios geográficos tan asombrosos para los europeos de aquellos tiempos. Las tramas fundamentales de ta-

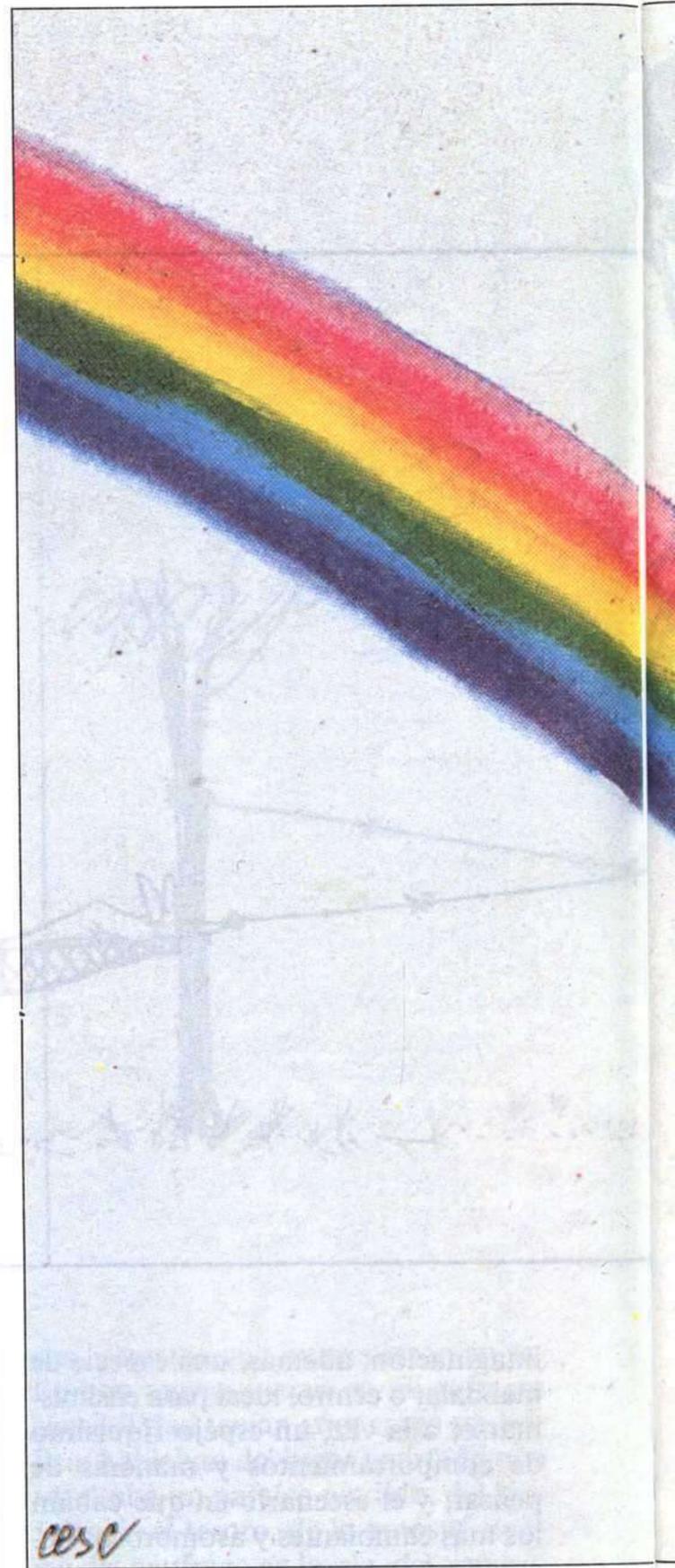
les novelas están tejidas al hilo de viajes de búsqueda, y en ellas se contraponen los factores que despertaban, cuando era muchacho, mi interés en los libros de aventuras, y que tienen mucho que ver con el espíritu caballeresco que nutría la imaginación de la gente en el siglo XVI: valentía frente a cobardía, lealtad frente a traición, generosidad frente a mezquindad, la terrible dialéctica de los opresores y de los oprimidos, la prueba del valor que uno debe hacer, incluso con el riesgo de perder la vida.

Mi última novela juvenil —*Los trenes del verano/No soy un libro*— trata de la amistad de unos jóvenes entre lo relativo de las verdades y de las cosas, y es al tiempo un juego en que leer resulta lo decisivo para la solución del grave problema en que se encuentran inmersos los protagonistas de la novela.

Con esto vengo a decir que mis libros para jóvenes están llenos de los fantasmas de los libros que a mí me conmovieron cuando era un lector primerizo, y que no hay en ellos ninguna idea preconcebida de lo que deba ser la literatura infantil o juvenil. En su prólogo a *Platero y yo*, Juan Ramón Jiménez decía: «Yo nunca he escrito ni escribiré nada para niños, porque creo que el niño puede leer los libros que lee el hombre, con determinadas excepciones que a todos se le ocurren», y yo estoy de acuerdo con las palabras del poeta.

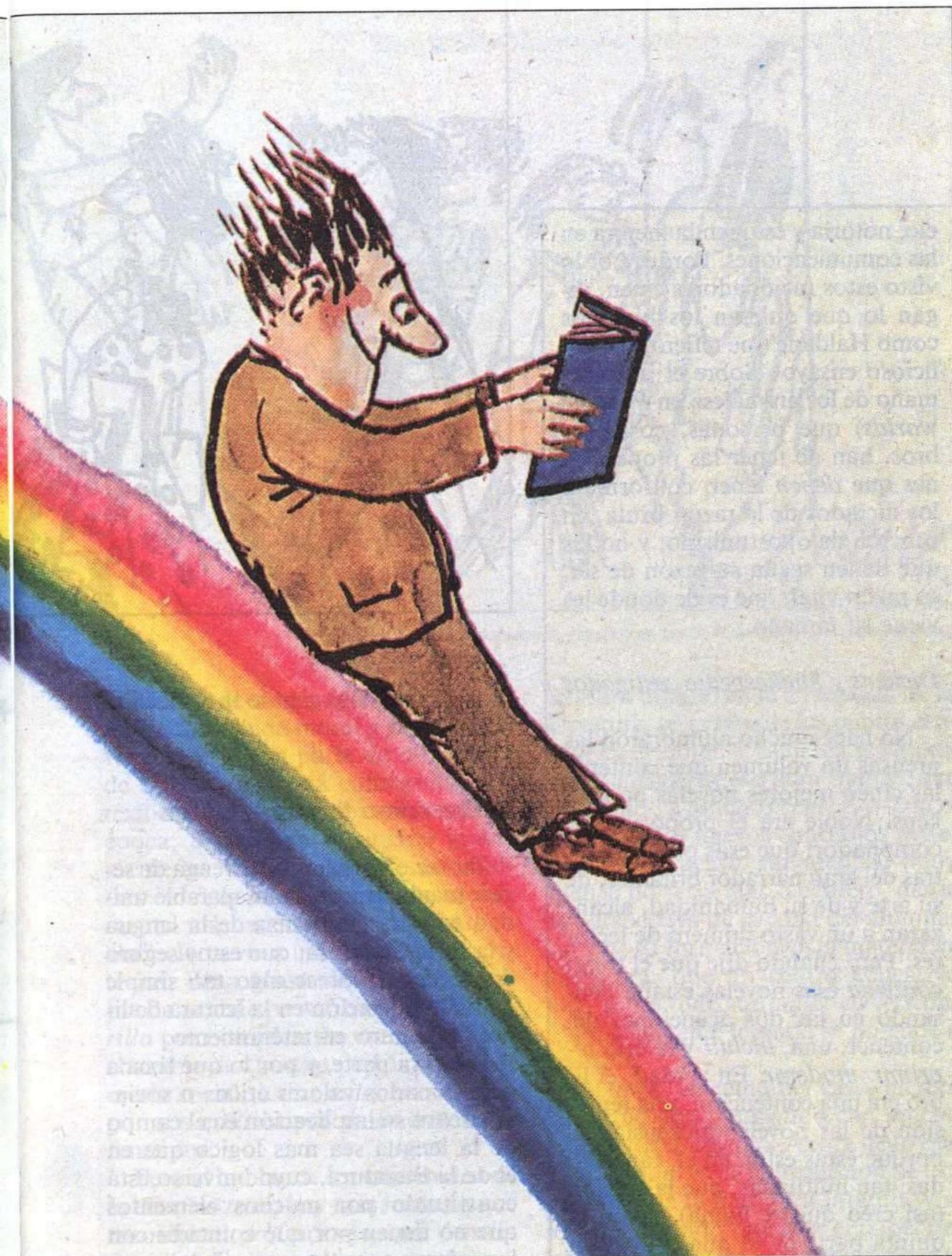
La literatura fuente de placer

Pero sin duda hoy la literatura infantil ha llegado a ser un capítulo importante de la industria editorial y de la vida cultural y educativa, y a través de sus productos se está transmitiendo a los lectores jóvenes una idea del mundo y, sobre todo, una idea de la literatura. Por eso es conveniente hablar de ella en cuanto género, aunque, a mi entender, sin olvidar que lo que resulta ante todo imprescindible



es analizar la relación entre la literatura y los lectores más jóvenes, con independencia del tipo de libros de que se trate.

Durante muchísimos años, la postura oficial frente a la lectura de libros ha sido de temor y cautela, porque nadie ha desconocido la importancia de los libros para la difusión de ideas y mensajes. La desconfianza hacia lo imaginario novelesco ha tenido antiguos detractores. Algunos, tan inteligentes como el gran Montaigne, que



9a. FIRA DEL LLIBRE DE BARCELONA, 1985.

menospreciaba «ese fárrago de libros con que se divierte la infancia», es decir, las novelas de caballería. Contraponiéndolas a las Sagradas Escrituras y fustigando a sus lectores, el fraile navarro Pedro Malón de Chaide, por la misma época, diría: «Con trastocar pocas letras se llamaran mejor de bellaquerías que de caballerías. Y si a los que estudian y aprenden a ser cristianos en estos catecismos les preguntáis que por qué los leen y cuál es el fruto que sacan de su lección, res-

ponderos han que allí aprenden osadía y valor para las armas, crianza y cortesía con las damas, fidelidad y verdad en sus tratos y magnanimidad y nobleza de ánimo en perdonar a sus enemigos...».

¿Para qué seguir citando? Durante muchos años, la novela totémica de la literatura española y el crédito de su autor han sido utilizados como advertencia indirecta de los peligros de la lectura de novelas, olvidando que la obra postrera de Cervantes —*Los*

trabajos de Persiles y Sigismunda— es un libro de aventuras, prodigios y encantamientos más vertiginoso que el propio *Amadís*. Sin duda parte de aquella vieja desconfianza hacia la imaginación novelesca —que durante muchos años estuvo representada por las novelas de caballería— ha permanecido en nuestros hábitos educativos.

Sin embargo, el análisis de las enseñanzas mínimas de la Educación Primaria recientemente implantada, que afecta a los estudiantes españoles entre los 6 y los 12 años de edad —período crítico para la iniciación a la lectura de ficciones— nos permite encontrar, acaso por primera vez en nuestra historia, el objetivo de que el alumnado utilice la lectura como *fuerza de placer*. La luminosa expresión queda bastante apagada si consideramos que tal objetivo va rodeado de muchos otros que, diseñados desde una perspectiva principalmente instrumental de la lengua y literatura, y al no poder establecer claramente el campo de influencia de cada una de las dos, convierten la amalgama en obligada transmisora de valores extraliterarios que, además, se producen al margen del mundo de la imaginación, y cuyo peso es tan considerable, que es de recelar que acaben asfixiando aquel *placer* de leer tan escuetamente aludido.

Un análisis somero de tales enseñanzas nos hace temer que, aunque diseñadas con indudable voluntad de mejora, no permitan que la *lectura por la lectura*, la *lectura como pura diversión*, encuentre todavía el sitio necesario entre las actividades académicas encaminadas a formar a los lectores jóvenes. Obligada a servir de instrumento auxiliar para la enseñanza de la Lengua y a acarrear, además, elementos de comunicación, información, aprendizaje, actitudes críticas, valores éticos, sociales y culturales, etcétera, es bastante probable que la literatura, en su aspecto sustantivo de fuente de lecturas libres, gozosas y no

y su herramienta el famoso lecho. El razonamiento bruto que lo informa cabe formularlo así: ya que no sea posible dilatar las horas, achiquemos los libros. Si no se pueden ahorrar los días, conforme a nuestras necesidades lectoras, ¿por qué no volverse al otro personaje de la tragedia, y azocar, estrujar los libros para que su lectura quede en menos espacio horario? Si Homero o Rabelais, o Tolstoi, se empeñaron en escribir y escribir a espacio, con serena majestad, como el lento río undoso, nosotros, sus herederos y beneficiarios, ¿debemos ajustarles las cuentas de sus cuentos, meter en cintura a los tales derrochadores y a sus escritos, reducirlos de tamaño, sin escrúpulo, hasta que sus nobles cervices antiguas se humillen ante nuestras democráticas y modernas exigencias? Lo cual ya da por supuesto que cualquier gran obra, tenida por clásica y magistral, es, además, poseedora de una cualidad elástica, que la permite ensancharse o encogerse, a gusto del tiempo de los consumidores. Habría así, y de hecho los hay, Quijotes, por ejemplo, para todos: Quijotes de diez minutos (en *comics* o *funny strips*, en *muñequitos*, yo lo he visto); Quijotes de diez horas y Quijotes de toda la vida. Transferido al problema de la navegación trasatlántica, muy difícil en este instante, equivaldría este sistema a someter a los aspirantes a pasajeros en los tan escasos piróscafos, a una operación diminutiva o reductiva previa al embarque, que, corrigiendo las exageradas proporciones de los cuerpos de los navegantes, los convirtiera en enanos; así, un trasatlántico cualquiera capaz de acarrear en sus profundos dos mil hombres de tamaño normal, acaso pudiese cargar con cinco o seis mil liliputienses, en el mismo espa-

cio, notoria y estupenda mejora en las comunicaciones. Porque por lo visto estos racionadores creen, digan lo que quieran los biólogos como Haldane (me refiero a su delicioso ensayo «Sobre el justo tamaño de los animales» en *Possible worlds*) que personas, cosas, libros, han de tener las proporciones que *deben* tener, conforme a los dictados de la razón bruta, en función de oportunismo; y no las que tienen según su razón de ser, su razón vital, que es de donde les viene su tamaño.

Dickens y Shakespeare castigados

No hace mucho alumbraron las prensas un volumen que contenía las cinco mejores novelas de Dickens. Noble era el propósito del compilador: que esas obras maestras del gran narrador británico, de su arte y de su humanidad, alcanzaran a un vasto número de lectores. Pero cuando dije que el tomo *contenía* esas novelas estaba pensando en las dos acepciones del contener: una, *incluir* y la otra *reprimir, moderar*. En verdad, el libro era una contención, una represión de las novelas dickensianas, porque éstas están en él, tan sisadas, tan mutiladas, que la versión (así creo que se llama) ocupa la quinta parte de lo que ocuparían las cinco novelas tal y como Dickens las escribió. ¡Estupenda proeza que requiere valor y ánimo nada comunes! La autora del volumen estima que Dickens es un novelista extraordinario de la lengua inglesa y de la humanidad en general; en lo cual bien puede ir asistida de razón. Esa eminencia le hace merecedor de que todos le lean. Pero en la operación de trunca y cercén del autor, va implícita la más terrible crítica que se le puede hacer a un novelista: que no sabe hacer novelas, que escribe tan



subsidiarias, siga siendo la cenicienta del sistema.

Sobre cómo formar lectores

Tal vez el problema provenga de seguir manteniendo esa inseparable unidad entre la enseñanza de la lengua y la de la literatura, que estoy seguro de que no favorece algo tan simple como la iniciación en la lectura de libros por puro entretenimiento.

Por otra parte, y por lo que toca a determinados valores éticos o sociales, acaso su implicación en el campo de la lengua sea más lógico que en el de la literatura, cuyo universo está constituido por muchos elementos que no tienen por qué coincidir con los valores que nuestra sociedad considera óptimos. Los prejuicios, tópicos y valores hoy en desuso que puedan subyacer en Homero, Boccaccio, Shakespeare, Quevedo, Balzac, Stendhal, Faulkner o Celine no invalidan sus obras como aportaciones necesarias para el patrimonio literario. La verdadera calidad de los libros, como los demás resultados de la creación artística, no depende de los ejemplos morales que muestren ni de los buenos sentimientos de que puedan estar impregnados.

Cargar la enseñanza de la literatura —puesto que va inextricablemente



CESC (FRAGMENTO), PERSPECTIVA ESCOLAR, BARCELONA: ROSA SENSAT, 1985.

unida a la de la lengua— con elementos de formación moral y cívica es olvidar que buena parte de la historia de la literatura está constituida por textos subversivos de los valores de su época, o que han infringido gravemente las actitudes morales entendidas en cada momento como socialmente más adecuadas. Además, es abrir cierta vía a una estrechez de criterios, llena acaso de buena fe, que pueda acabar proscribiendo el *Lazarillo* por considerarlo un ejemplo rechazable de cinismo personal e hipocresía social, o *Las mil y una noches* por sus estereotipos de la condición femenina.

Pero al hablar de los contenidos de la enseñanza no hay más remedio que recordar al profesorado, que tiene la función de desarrollarlos y transmitirlos. Mi experiencia como escritor que acude algunas veces a un centro educativo para hablar de literatura es que, cuando entre el estudiantado hay lectores, y hasta lectores apasionados, hay detrás un profesor o profesora sirviendo de mediador y de acicate, luchando generalmente contra las rigideces académicas y formales del sistema.

La incidencia del profesor en la iniciación de jóvenes lectores y, por tanto, el tema de su propia formación literaria y de los conceptos que debe tener claros respecto al papel de la li-

teratura infantil en la enseñanza de la literatura, sería otro de los puntos cruciales a estudiar. Y también esa moda de los *talleres de escritura creativa* que ha llegado a muchos centros —con el apoyo de los nuevos conceptos pedagógicos—, acaso sin analizar muy bien si no sería más fructífero, desde la perspectiva de la edad del alumnado y de su formación en la materia de literatura, que un centro educativo sea, sobre todo, un *taller de lectura*. Pues solamente leyendo se aprende a escribir.

El tema, en cualquier caso, merece ser estudiado y debatido con mucho mayor detenimiento. Ahora de lo que se trata aquí es de la formación de lectores desde la literatura infantil, y si me he detenido tanto en el papel del sistema educativo es porque creo que le corresponde un protagonismo especial. No valoro poco el papel de la familia —yo mismo soy un lector formado en casa, gracias a la buena biblioteca familiar y al estímulo de mis padres—, pero creo que a la gran masa de lectores debe iniciarlos la escuela, o no los iniciará nadie.

Junto al tema de la formación inicial de lo que llamaré lectores literarios, es preciso aludir a las *bibliotecas especializadas* en literatura infantil. Mi concepción de que la literatura infantil solamente cumple una función importante si sirve de

pórtico para acceder al resto del universo literario, me obliga a recordar que en una biblioteca, por muy infantil o juvenil que sea, no deben estar ausentes los clásicos, y que el peligro, en el momento que vivimos, está en que las bibliotecas llamadas infantiles se vean desbordadas por la carrera de las novedades que, incansables, va produciendo el mundo editorial, hasta convertir su actividad en un remedo de esa costumbre de *usar y tirar* implantada por el ciclo habitual del consumo. También en lo que toca a las bibliotecas infantiles debo, por tanto, defender la idea de que son umbrales para facilitar el paso a la pluralidad de los libros y a la universalidad de la literatura, de modo que los niños no lleguen a pensar que sólo son libros dignos de leerse, para encontrar algo de diversión, esos objetos ilustrados en su interior o presentados con portadas de vivos colores.

Para terminar, habría que tocar un tema sin duda candente, el de la concurrencia, ante el público infantil, de los libros y los productos de la implacable y atronadora oferta audiovisual. También aquí acudiré a mi experiencia para decir que el ser lector adicto no me impidió, de niño, encontrar en el cine y en los tebeos espléndidos refugios para la imaginación. Creo, pues, que los medios audiovisuales, que son unos complementos excelentes para la formación, pueden ser también maravillosos campos de entretenimiento. Pero sigo convencido de la superioridad del código lingüístico sobre los de la imagen, de la superioridad de la palabra escrita para la transmisión de ideas y de sentimientos. Somos lo que somos gracias a los libros, y estoy seguro de que empeoraremos el día que los perdamos, si tal cosa llega a suceder. En cualquier caso, una parte de esa responsabilidad nos corresponde a todos nosotros. ■

* José María Merino es escritor.

Ponencia del II Seminario «La sociedad lectora». Madrid, 1994.